



LOS INVENTARIOS DE LAS IGLESIAS de “los minerales” de Antioquia en 1760

Laura Liliana Vargas Murcia

El 22 de septiembre de 1756, el obispo de Popayán, Diego del Corro y Santiago (1706-1761), presentó un informe y una real cédula sobre la indecencia y el desastroso estado en el que se hallaban “las iglesias de los minerales de indios y negros de la Gobernación del Chocó y Antioquia” (AGN, Curas-Obispos: SC.21,44,D.20 1756-1762, ff. 831-971), dos de las zonas de los reinos españoles de las que más se extraía oro. La preocupación venía de un hombre muy culto, oriundo de San Lúcar de Barrameda, quien además de estudiar teología y filosofía tuvo su grado como matemático, y más tarde sería arzobispo de Lima¹.

La visita a las provincias de la diócesis dejó al religioso sumido en el desconsuelo al ver las iglesias sin ornamentos óptimos, ni pan, ni vino, ni cera, indignas de colocar el Santísimo Sacramento. Según concluyó el obispo, la pobreza de las fábricas se debía a no tener dotación de novenos ni contribuciones de los oficiales de la Real Hacienda, **y a que los indios y feligreses eran muy pobres para realizar donaciones.**

Se debe aclarar que las iglesias del Chocó tenían menos ornamentos e imagería que las de Antioquia, además de haber sido construidas con materiales de carácter más efímero dadas las condiciones ambientales en medio de la selva.

En 1760, el virrey José Solís Folch de Cardona, atendiendo la solicitud del rey Fernando VI, quien habiendo leído la carta del obispo

1. Para una información completa sobre Diego del Corro, véase: Ortiz Toro, Raúl. (2020). *Popayán y sus obispos. Tomo II*. Popayán: Editorial Arquidiocesana, pp. 193-249.

ordenó que se comprobaran las necesidades de la iglesia y pidió al gobernador de la Provincia de Antioquia, José Barón de Chaves, que le informara sobre el estado de los templos y la dotación que hacía falta para desarrollar el culto. Gracias a los inventarios levantados es posible conocer detalles de algunas iglesias antioqueñas a mediados del siglo XVIII: Nuestra Señora de Sopetrán, San Pedro de Sabanalarga, San Antonio de Buritica, San Antonio de Pereira, Nuestra Señora de la Candelaria de Sabaleta, San Antonio del Peñol y Nuestra Señora del Rosario de la Estrella, que a decir verdad no estaban en una situación tan crítica como las de Chocó, pero que pese a estar en una zona de explotación aurífera no reflejaban riquezas arquitectónicas ni ornamentales.

Para quienes tengan la oportunidad de visitar estas iglesias **será un ejercicio curioso comparar las imágenes que existían en aquel momento con la que actualmente se observan, y también, infortunadamente, comprobarán que la platería y la joyería de oro se ha perdido en su mayoría.**

La iglesia de Nuestra Señora de Sopetrán fue descrita por el corregidor Sebastián de Salazar como un edificio de tapia, cubierto de teja y sin enladrillar, de cuarenta y cinco varas de largo y trece de ancho, con tres puertas de madera y clavazón, dos torres en la fachada, una de ellas con tres campanas; en su visita fue acompañado por el cura José Javier Pérez. Al interior contaba con ocho altares “buenos”, el mayor tenía un retablo dorado con cinco bancos y veinte columnas; en el primer cuerpo, en un nicho, estaba la Señora de Sopetrán con puertas de celosía doradas que tenían dos cerraduras de chapa; en los otros nichos se observaban seis efigies, una de la Santísima Trinidad, la segunda del desposorio de María, la tercera correspondía a un San Vicente Ferrer, la cuarta a

San Nicolás el Magno, la quinta representaba a San Ignacio de Loyola y la sexta a San Francisco Javier. Se observaba un tabernáculo de madera, dorado, con puertas y vidriera, con dos columnas salomónicas pequeñas a cada lado; dentro se hallaba una custodia de plata sobredorada, un piscis de plata y una cajetilla de plata en una bolsa de tafetán carmesí para llevar el viático a los enfermos. El presbiterio tenía cuatro pilares de cedro con balaustres sobredorados y seis gradas enladrilladas. El nicho de la Virgen se remataba con una punta de plata de filigrana de trece puntas con estrellas de plata.

Al lado del Evangelio del templo de Sopetrán se encontraba un retablo de Nuestra Señora de los Dolores con marco, cartelas de madera doradas y dos velos, uno de torzal de seda con flores en cada esquina y el otro de raso de China, y el remate con su cielo dorado de madera. Al lado de la Epístola se hallaba un altar de Nuestra Señora del Rosario de bulto con corona imperial de plata sobredorada y cargaba a su Niño, también con corona. La iglesia tenía un altar de San Antonio de Padua en un nicho de madera sin dorar, con cuatro columnas, dos bancos, un remate, cruz con sus dos capas, una de damasco morado y otra de persiana carmesí con su velo de tafetán amarillo. En cuanto a platería, había cinco lámparas de plata grandes, una cruz alta forrada de plata con un Cristo de bronce sobredorado, catorce candeleros grandes y pequeños, un acetre, un hisopo, un incensario, una naveta, una cuchara, cuatro pares de vinajeras, dos platillos, tres calices con patenas y una piletta de plata.

En lo que respecta a la iconografía de las obras, la visita reveló que había un apostolado en las paredes laterales y que medía dos varas de largo, y lienzos de Nuestra Señora del Rosario, el Salvador y cuatro sibilas, e imágenes de bulto del Niño Jesús, San Pedro, San Francisco y san Lorenzo puestas en el altar mayor y que medían media vara de alto, un San Juan Bautista de tres cuartas, un San Pedro y un San Juan pintados en lienzo también de tres cuartas. El templo tenía una capilla de ocho varas y media de largo al lado del Evangelio en la que se ubicaba un Jesús Nazareno de bulto con túnica de tafetán morado, potencias sobredoradas y velo de damasco pardo, al lado derecho se veía un crucificado con potencias de plata y velo de

tafetán negro y un San Juan Evangelista, ambos en un nicho. Al otro lado, había otra capilla de ocho varas y media de largo que albergaba un retablo dorado con Nuestra Señora de Guadalupe, cuatro niños Jesús y una lámpara de plata. Además, la iglesia contaba con sillas de espaldares dorados y estoperos, púlpito de madera con molduras sobredoradas y con los evangelistas pintados, confesionarios, baptisterio, pila bautismal, un coro alto y sacristía. Un punto que llama la atención es el de las andas de la Virgen,

las cuales medían dos varas y tres cuartas de largo, y tenían su caja para ser guardadas, además de molduras doradas y un velo de tafetán carmesí con puntas de oro “para sacar a la Madre de Dios en sus festividades”. También de las imágenes mencionadas, había un cuadro de la Señora de Sopetrán con su marco sin dorar y velo de raso amarillo “que sirve para las alabanzas que se hacen en las funciones de Nuestra Señora” y un Cristo de buril de una tercia de alto en su cruz y peana.

Como era usual en el periodo virreinal, las joyas de la Virgen eran suntuosas, la corona imperial era de oro y tenía treinta y tres perlas grandes, la sortija tenía chispas de diamante, un tachón de esmeraldas verdes y un remate de amatista morada, diez gargantillas de oro macizas con azabaches engastados en oro, nueve gargantillas de perlas con cuentas de oro, abalorios, doce estrellitas de oro, veintidós rosas de perlas, esmeraldas y amatistas engastadas en oro, once pares de sarcillos grandes de oro y cuatro sortijas de esmeraldas, además de otras joyas “de resplandor”; en otro apartado dedicado a las joyas de la Virgen del Rosario, se contaba una gargantilla de oro con veinticuatro cuentas, tres pares de sarcillos de oro con perlas y esmeraldas y otros de resplandor.

Al parecer el aspecto de la iglesia no era tan alarmante como el obispo del Corro advertía en su informe; era posible ver hasta un relicario con el Lignum Crucis y un tafilete de la Virgen con oro batido. Los bienes se completaban con misales y diversos ornamentos textiles de brocado colorado con guarnición de plata, damasco carmesí con guarnición de oro, raso, sevilanetas de oro falso, tafetán, además de una capa de coro, dalmáticas de damasco blanco, albas, manteles, palias, mangas de cruz, palios y estandartes. Un singular objeto inventariado era un sepulcro de madera con tapa junto a ocho ángeles con sus aldabas y un judío de cedro morocho que servía para la procesión del miércoles santo (AGN, Curas-Obispos, SC.21.44,D.20 1756-1762, ff. 881v-887r).

El informe sobre la iglesia del pueblo de San Pedro de Sabanalarca fue realizado también por el corregidor Sebastián de Salazar y el cura José Javier de Leal, quienes registraron que el edificio era de tapia, cubierta de paja, de cuarenta varas de largo y diez de ancho, sin enladrillar, con tres puertas de madera y en cuya fachada estaban puestas tres campanitas. Adentro se observaban cinco altares de adobe, en el retablo mayor estaba la efigie de San Pedro de vara y tres cuartos de alto y en el nicho del lado del Evangelio estaban la

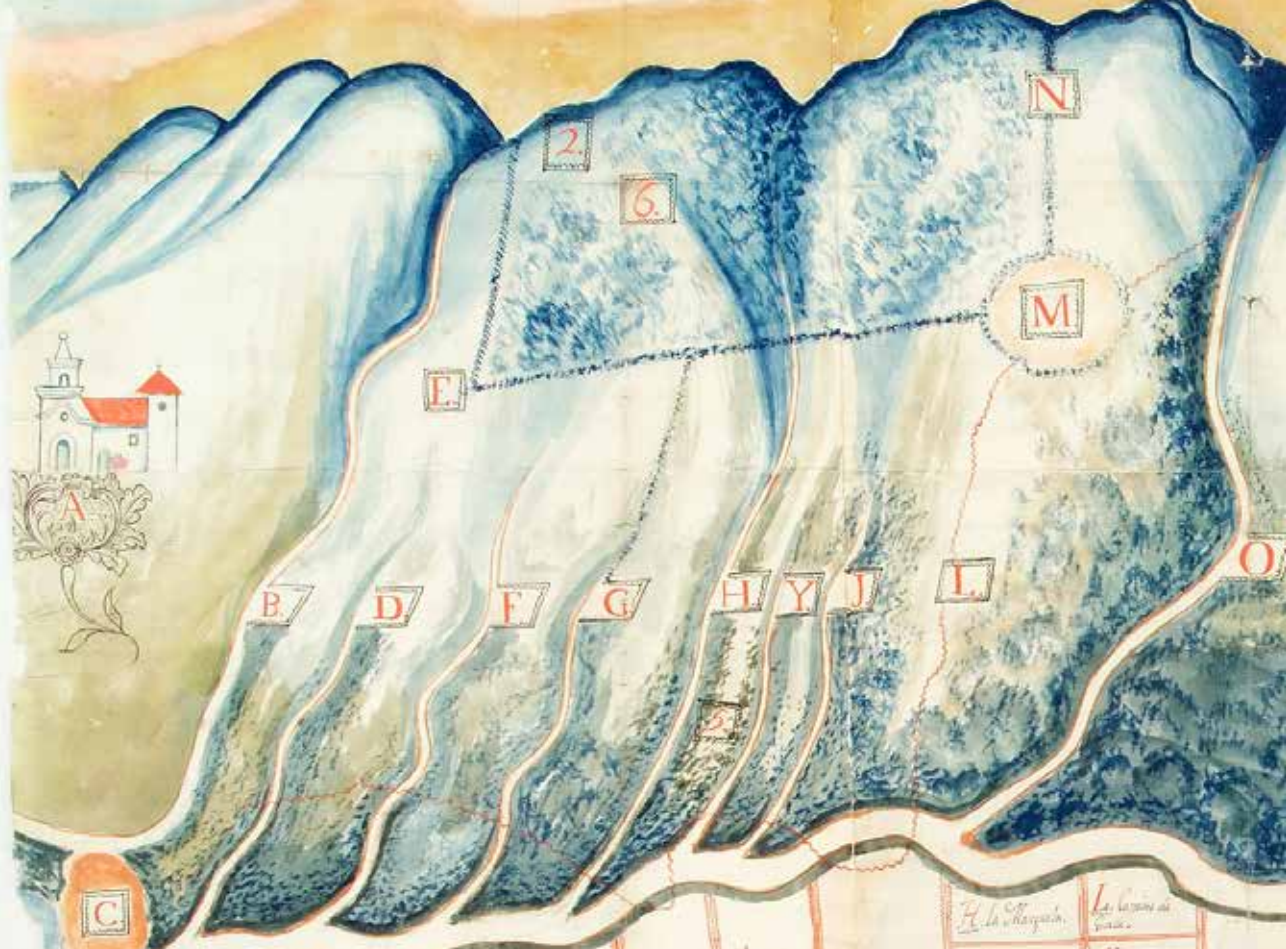


Portada del Informe del Señor Obispo de Popayán y una real cédula sobre la indecencia con que se hallan sobre las iglesias de los minerales de indios y negros de la Gobernación de Chocó y Antioquia. Archivo General de la Nación - Colombia.

Virgen Santísima de la Soledad de una vara y un Crucificado de vara y cuarta de altura, ambos de bulto. Al otro lado estaba el retablo de Nuestra Señora del Carmen de una vara y tercia de alto, también había una imagen de San Agustín de una vara de alto y una Nuestra Señora de Guadalupe de papel con su marco de madera. En otro de los retablos se apreciaba una Nuestra Señora del Carmen de vara y cuarta de alto con su manta de damasco blanco, su corona de plata dorada, sarcillos y gargantillas de oro. La iglesia tenía un sagrario de madera con una custodia de plata con rayos dorados, un copón de plata, un cáliz de plata dorado y su patena dorada, y también de plata poseía un incensario, una naveta, una cuchara, dos vinajeras y tres crucecitas. También se contaron cuatro candeleros de metal, un ara, una cruz alta de madera, misales, manuales y ornamentos textiles como dos capas de coro, casulla, alba, amito, frontales, palia, manteles, almai-zales,

paños de cáliz, bolsas de corporales e hijuelas. En un altar de adobe había un cuadro de las ánimas benditas que medía media vara y tenía un velo de tafetán morado. El templo tenía su púlpito, pila bautismal de madera, un atril de coro, un sepulcro de madera con balustres torneados, además de un baptisterio de seis varas de largo y tres de ancho y una sacristía de ocho varas de largo por tres y media de ancho. Se contaron algunos estandartes de seda viejos y uno de la Virgen de la Esperanza de papel. El pueblo tenía una capilla fuera de la iglesia de diecinueve varas y media de largo y siete y media de ancho, con una cubierta de paja, dedicada a Jesús Nazareno, representado por una imagen de bulto de una vara de alto con túnicas moradas de tafetán. Esta capilla tenía un altar de adobe con dos nichos, uno para la pintura de Nuestra Señora de los Dolores y el otro para la efigie del Corazón de Jesús, dos espejitos y un velo de tafetán morado (AGN, Curas-Obispos: SC.21,44,D.20 1756-1762, ff. 888v-891r).

Uno de los lugares más famosos por la explotación de oro ha sido San Antonio de Buriticá, en donde nuevamente el corregidor Sebastián de Salazar obedeció el mandato del virrey y visitó la iglesia para corroborar el estado de sus imágenes y ornamentos. Se trataba de un edificio de tapia cubierta de paja, sin vigas y sin enladrillar, de veintinueve y media varas de largo, ocho varas de ancho y tres varas y media de altura, con dos puertas de madera, sin ventanas y dos campanas. El altar era de adobe en donde se hallaba un cajón con un San Antonio de tres cuartas de alto y también exhibía las efigies de Nuestra Señora del Populo de vara y tercio de alto, una Nuestra Señora del Rosario de bulto de tres cuartas de alto también en su cajón, otra imagen del Rosario, una Nuestra Señora de Belén, San Fabián y San Sebastián, dos crucifijos pequeños, un sagrario sin dorar, una custodia de plata sobredorada y dos cálices. Dentro de los ornamentos de plata se hallaban cuatro vinajeras, una lámpara, un incensario, una naveta, una cruz alta con su crucifijo y tres crismeras. La pila bautismal era de madera y el palio era de raso amarillo forrado en angaripola colorada con varas de palo. Y entre otros objetos de plata y oro se contabilizaron una palma de plata dorada, una diadema de oro y otra de plata sobredorada, un cordón de plata maciza, una piedra



blanca engastada en oro y un santico de plata. Dentro de los ornamentos textiles había once capas, albas, cinco camisas para el Niño Jesús que alzaba San Antonio, velos de raso, felpa y damasco, paños de cálices, casullas, manípulos, estolas, amitos, una capa de coro de damasco, manteles, frontales y galones. Las imágenes eran ornamentadas con joyería conformada por gargantillas y sarcillos de oro y una corona para la escultura del Niño de la Virgen del Populo (AGN, Curas-Obispos: SC.21,44,D.20 1756-1762, ff. 891r-894r).

La iglesia de San Antonio de Pereira fue inventariada bajo la supervisión del corregidor Cristóbal Ruiz de Castrillón y su informe tiene la particularidad de nombrar a algunos de los donantes de las obras. Se trataba de una construcción de tapia cubierta de teja, de veintisiete varas y media de largo por catorce y media de ancho, y se especificaba que fue levantada gracias a las limosnas dadas por los españoles y al trabajo de los naturales.



Partido de La Estrella, Jurisdicción de Medellín. Archivo General de la Nación - Colombia. Sección: Mapas y planos, mapoteca número 4, ref.: 254-A.

El tabernáculo era pequeño, de dos cuerpos y dentro se veía un San Antonio de bulto, un Cristo crucificado y una Nuestra Señora del Rosario costeados por los indígenas. Había un lienzo de Nuestra Señora del Carmen donado por doña Javiera de Piedrahita y otros tres por doña Catarina Gutiérrez, en los que estaban pintados un San Marcos, un San Lucas y “su familia real”, que no es claro si se refiere a un retrato familiar del rey o de la Sagrada Familia; la misma dama regaló una lámpara de plata, un alba y dos candeleros de plata. Otras imágenes con las que contaba el templo eran cuatro estampas de papel dadas por don Felipe Villegas y un lienzo de Santa Rita obsequiado por doña Rosalía de Castrillón. La iglesia contaba con un púlpito, un confesionario, frontales y manteles viejos, diez palias, un estandarte viejo de madera con cruz de plata, dos sitiales de madera y una cruz alta de madera (AGN, CURAS-OBISPOS: SC.21,44,D.20 1756-1762, ff. 895v-897r).

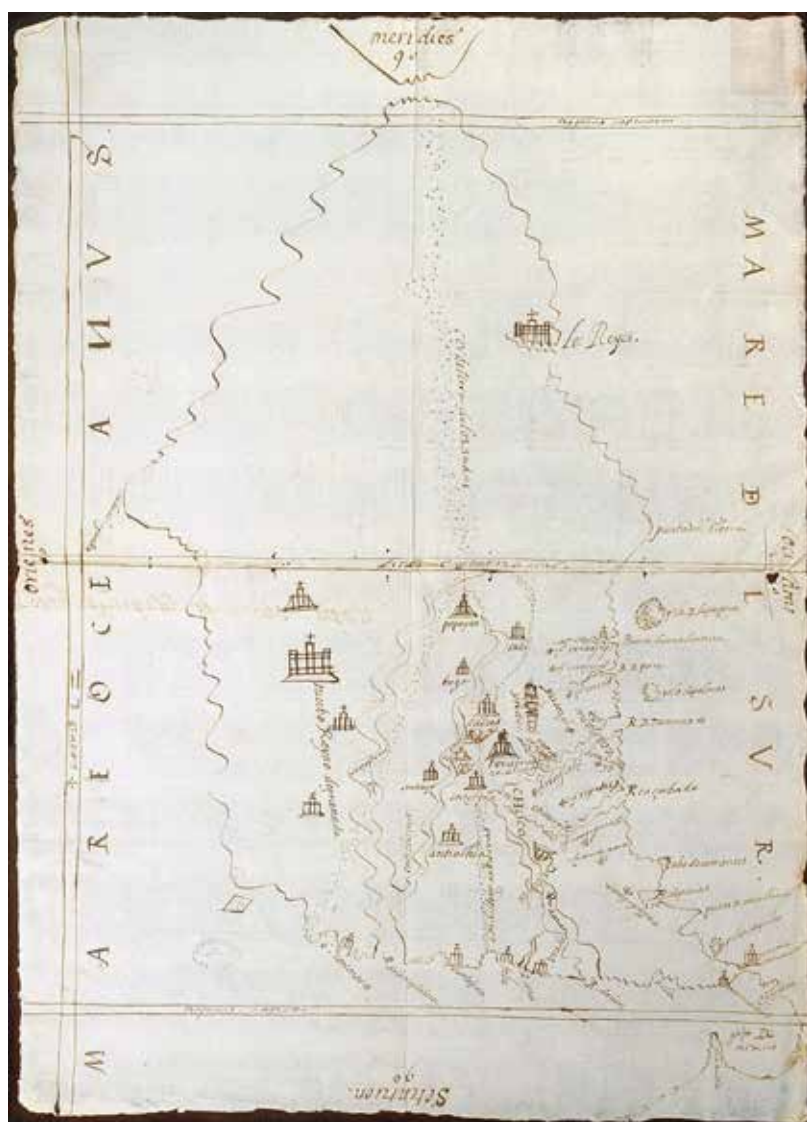
Otro de los pueblos que había causado preocupación al obispo del Corro fue Nuestra Señora de la Candelaria de Sabaleta, donde se apreciaba una iglesia de unas veinte varas de largo, techo de paja, cimientos de palos y barro con puertas de madera, dos campanas medianas y una pila de piedra.

En el informe se resaltaba que la construcción fue “hecha a costa de los indios y mediante la pobreza de ellos” y que pese a esto se veía “medianamente decente”. Había un altar con un nicho que albergaba a Nuestra Señora de la Candelaria cubierta con un velo de tornasol, con corona sobredorada, unos sarcillos de oro, sartaes de granates y chaquiras con cuentas de oro, y el Niño portaba potencias de oro.

Además, se podía observar un San Francisco y una Nuestra Señora, ambos de bulto, y un cuadro de San Vicente. Los ornamentos, bastante deteriorados, estaban formados por una casulla, un alba, un amito, un cíngulo, un ara, paños, cornualtares, un cáliz, una patena de plata, una cruz de plata, un misal y un frontal (AGN, Curas-Obispos: SC.21,44,D.20 1756-1762, ff. 901v-903r).

El encargado de realizar el inventario de San Antonio del Peñol fue Jerónimo López de Arbelaís, juez de hacienda y corregidor del pueblo, quien con otros principales midieron la iglesia, informando que tenía treinta y una varas de largo y diez de ancho, de embarrado y cubierta de paja, una puerta de madera, un coro alto de cañas sin acabar, un confesionario de caña y una pila bautismal de barro. El altar mayor tenía un tabernáculo dorado aún sin terminar los cuerpos laterales y el superior, lo cual se debía a que lo habían agrandado los naturales por el aumento de la gente que asistía, y dentro se hallaba una pintura de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá con marco dorado, arriba una imagen de San Antonio y a los lados un Cristo de media vara de alto muy maltratado y una imagen de Nuestra Señora de la Soledad; en otro nicho había un cajón con una Nuestra Señora del Rosario, y también se observaba un ara pequeña. El cáliz, la patena, las vinajeras, la salvilla, el incensario y la naveta eran de plata. Y dentro de los textiles se contaban dos casullas de seda y dos albas maltratadas, dos frontales de seda y dos de angari-pola, manteles y toallas. La iglesia tenía dos misales viejos y un atril sobredorado. Se dejó cuenta de una capilla ubicada frente al templo, hecha de tapia, adobe y cubierta de teja que medía catorce varas y tres cuartas de largo y ocho varas de ancho con un coro de tablazón, un púlpito de madera, un tabernáculo sin dorar, un frontal y una tarima de madera, también con una imagen de la Virgen de Chiquinquirá con marco dorado y en el cuerpo superior una imagen de Nuestra Señora de Sopedrán, una efigie de Jesús Nazareno con túnica morada, y una efigie de la Resurrección. Se aclaraba que no había alhajas porque todo había sido hecho “a costa del sudor de estos pobres naturales” (AGN, Curas-Obispos: SC.21,44,D.20 1756-1762, ff. 907v-910r).

El estado de la iglesia del pueblo de Nuestra Señora de la Estrella fue revisado por el corregidor don Manuel de Fonegra y el presbítero Augusto Primo Dávila, quienes no dieron un concepto favorable



Mapa o descripción de la Provincia del Chocó (en el que se ubica la Gobernación de Antioquia), 1597. Archivo General de Indias, Sevilla, España.

al definirla como “un edificio bastante inferior y de poco aseo en su fábrica, con un pequeño tabernáculo que aún no ocupa todo el ámbito del altar”, tenía pocos adornos y entre lo que destacaron estaban seis candeleros de plata de tamaño mediano, un incensario y una naveta también de plata, la iluminación se complementaba con candeleros de barro. Los ornamentos con los que contaban para el oficio de la misa eran dos cálices, patenas y vinajeras de plata, y, en lo que respectaba a textiles, se hallaron una casulla, dalmáticas, una capa de coro, albas, amitos y manteles. Los tres misales que tenía eran viejos y se dejó constancia de no haber hallado sillas ni tarimas ni arcas para guardar alhajas ni alfombras y que las campanas estaban colgadas de una vigueta, en un “lugar nada eminente y que por esta causa y la de ser muy pequeñas no se oyen a corta distancia” (AGN, Curas-Obispos: SC.21,44,D.20 1756-1762, ff. 911v-914r).

Como se ha podido ver, las iglesias de los pueblos antioqueños catalogados “de los minerales” **eran bastante modestas para la cantidad de oro que se beneficiaba en la región y con menos obras de pintura y escultura que tenían los pueblos de doctrinas de indios del altiplano cundiboyacense**, quizás por el poco interés que se tenía en la práctica católica de una población que debía trabajar en las minas **y posiblemente por la nula existencia de talleres de pintura y escultura, para cuya llegada dependían de obras llevadas desde Quito o Santa Fe de Antioquia.**

Los cambios tanto en la arquitectura como en la ornamentación al interior de los templos en estos siglos han sido notables, pero gracias al interés del obispo de Popayán, Diego del Corro, es posible tener una idea de cómo eran en el periodo virreinal estos espacios donde se nutrían espiritualmente los indígenas, los esclavos y los españoles que vivían en torno a la actividad minera.

Laura Liliana Vargas Murcia



Maestra en Artes Plásticas de la Universidad Nacional de Colombia, máster en Instrumentos para la valoración y gestión del patrimonio artístico de la Universidad Pablo de Olavide y doctora en Historia del Arte y Gestión Cultural en el Mundo Hispánico, de la misma universidad. Autora del libro *Del pincel al papel: fuentes para el estudio de la pintura en el Nuevo Reino de Granada* (Fondo Editorial ICANH, 2012).